

JOSÉ ÁLVAREZ JUNCO, RAFAEL CRUZ,
FLORENCIA PEYROU, *ET AL.*

**EL HISTORIADOR
CONSCIENTE**

Homenaje a
Manuel Pérez Ledesma

UAM Ediciones
Marcial Pons Historia
2015

Ilustración de cubierta: *Relojes gemelos*, de Pedro Morales Elipe, 2000. Óleo sobre lienzo, 46 x 55 cm. Fotografía del autor.

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derecho Reprográfico, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© De los textos: sus autores

© UAM Ediciones

Servicio de Publicaciones de la Universidad Autónoma de Madrid
Edificio del Rectorado, 2.ª Entreplanta, Universidad Autónoma de Madrid
Carretera de Colmenar, km 15 - 28049 Madrid
☎ 91 497 42 33
servicio.publicaciones@uam.es

© Marcial Pons, Ediciones de Historia, S. A.

San Sotero, 6 - 28037 Madrid
☎ 91 304 33 03
edicioneshistoria@marcialpons.es
ISBN: 978-84-15963-68-4

Depósito legal: M. 29.461-2015

Cubierta. Diseño de la colección: Manuel Estrada. Diseño Gráfico

Fotocomposición: Milésima Artes Gráficas

Impresión: Gracel Asociados, S. L. L.

Madrid, 2015

Índice

	Pág.
Introducción, <i>Florencia Peyrou y Pablo Sánchez León</i>	11
RETRATOS	
La forja de un historiador, <i>Santos Juliá</i>	17
Manolo Pérez Ledesma, compañero de batallas, <i>José Álvarez Junco</i>	39
TESTIMONIOS	
Trayectoria de un discípulo pionero y colaborador, <i>Miguel Artola</i>	63
Manuel Pérez Ledesma y Salamanca, <i>Manuel Redero San Román</i>	67
Entre Salamanca y Madrid: <i>Autónomos del 68</i> , <i>Pablo Fernández Albaladejo</i>	73
Experiencias y debates compartidos, <i>Juan Sisinio Pérez-Garzón</i> ...	77
Manuel Pérez Ledesma en el Rectorado de la UAM, <i>Josefina Gómez Mendoza</i>	81
A Manuel, <i>Teodoro Sacristán</i>	87
Un profesor de Historia de los Movimientos Sociales, <i>Gonzalo Álvarez Chillida</i>	91
Un maestro en la distancia, <i>Carlos Gil Andrés</i>	95
Testimonio, <i>Ángeles Hijano Pérez</i>	99
Memoria de un seminario, <i>François Godicheau</i>	103
Maestro, <i>Florencia Peyrou</i>	107
Desde la revista <i>Ayer</i> (2010-2012), <i>Carlos Forcadell</i>	109

	Pág.
ESTUDIOS	
CLASES SOCIALES	
La formación de la clase en la obra de Manuel Pérez Ledesma. Una perspectiva sociocultural, <i>Jesús de Felipe Redondo</i>	119
El pueblo de los campos en la España contemporánea, <i>Juan Pan-Montojo</i>	135
El empresario en el imaginario social: grupo económico o clase explotadora, <i>Pilar Toboso Sánchez</i>	153
Modernidad que opaca. Trabajo agrario y feminidad en la España contemporánea, <i>Jesús Izquierdo Martín</i>	167
CIUDADANÍA	
Entre la tradición y la novedad. Reflexiones historiográficas sobre los orígenes de la representación moderna en el orbe hispánico, <i>Marta Lorente Sariñena</i>	187
Etnia y ciudadanía en Cuba en el período constitucional gaditano, <i>Elena Sánchez de Madariaga</i>	201
La ciudadanía nómada. Exilios, tránsitos y retornos de los republicanos españoles, <i>Carmen de la Guardia Herrero</i>	213
«La invención de la ciudadanía moderna»: ¿qué hacer con el extranjero?, <i>Marta Bonaudo</i>	227
Sobre la idea de los derechos en el origen del Estado liberal, <i>Juan José Solozábal</i>	247
BIOGRAFÍA	
Lo que las novelas pueden decir a los historiadores. Notas para Manuel Pérez Ledesma, <i>Isabel Burdiel</i>	263
Belén Sárraga y Alberto Masferrer: dos vidas unidas por un ideal, <i>Marta Casáu Arzú</i>	283
Leopoldo O'Donnell y Joris: de militar a hombre de Estado, <i>Carmen García García</i>	299
Emilio Castelar: el poder de la palabra, <i>Juan Pro Ruiz</i>	313
TEORÍA Y MOVIMIENTOS SOCIALES	
<i>Si tomo la ballesta, ¡Vive el cielo..!</i> Los movimientos sociales en los días de la cólera, <i>Leopoldo A. Moscoso</i>	335
Política y lenguaje: rebeldes, guerrilleros y bandidos en Portugal tras la guerra civil (1834-1840), <i>Fátima Sá e Melo Ferreira</i>	363

	Pág.
Movimientos sociales, movimiento obrero y clase trabajadora en la reflexión teórica de Manuel Pérez Ledesma, <i>José Babiano Mora</i>	375
Historia y memoria en el universo de Manuel Pérez Ledesma: la democracia argentina y sus olvidos, <i>César Tcach</i>	389
Educación para la historiografía. Cómo continuar la pedagogía de Manuel Pérez Ledesma en el siglo XXI, <i>Pablo Sánchez León</i>	401
BIBLIOGRAFÍA	
Textos fundamentales para la Historia, <i>Rafael Cruz</i>	419
Publicaciones de Manuel Pérez Ledesma	433
Índice onomástico	441

**MARCIAL PONS HISTORIA
CONSEJO EDITORIAL**

Antonio M. Bernal
Pablo Fernández Albaladejo
Eloy Fernández Clemente
Juan Pablo Fusi
José Luis García Delgado
Santos Juliá
Ramón Parada
Carlos Pascual del Pino
Manuel Pérez Ledesma
Juan Pimentel
Borja de Riquer
Pedro Ruiz Torres
Ramón Villares

**EL HISTORIADOR CONSCIENTE.
HOMENAJE A MANUEL PÉREZ LEDESMA**

Historia y memoria en el universo de Pérez Ledesma: la democracia argentina y sus olvidos

César TCACH

En 1982, el mismo año en que Argentina perdía la guerra de las Malvinas y el PSOE obtenía por vez primera la mayoría absoluta en las elecciones generales parlamentarias, Manuel Pérez Ledesma iniciaba en la Universidad Autónoma de Madrid una experiencia singular: encargó a un grupo de sus alumnos del último año de la carrera en Historia la tarea de sumergirse en un mar de documentos que, provenientes del exilio —de Francia y México particularmente— pero también de la recuperación de papeles de militancia, de quienes habían permanecido en España durante la dictadura franquista, comenzaban a poblar las hemerotecas de las fundaciones Largo Caballero y Pablo Iglesias. Esa incursión por la historia reciente de España implicó la lectura sistemática de las actas de la Comisión Ejecutiva de la Unión General de Trabajadores (UGT), las actas de sus congresos, memorias, manuscritos de cárcel, correspondencia entre exiliados y militantes del interior de España, periódicos del exilio y otros documentos tan inexplorados como valiosos. Esta tarea fue acompañada de la realización de entrevistas.

En mi caso particular, recuerdo las realizadas —entre otros— a Amaro del Rosal (secretario general de la UGT-Comisión Ejecutiva, en Hispanoamérica entre 1938-1948), Emilio Delgado (miembro de la segunda Comisión Ejecutiva del PSOE clandestino en 1945), Fran-

cisco López Real (reorganizador en Sevilla), Juan Zarrías Jareño (que hacía lo propio en Jaén durante 1944-1945), Eusebio Díez (organizador de la UGT en Zaragoza desde 1942), Sócrates Gómez (secretario general del PSOE desde octubre de 1943 a enero de 1945), Victorino Somoza (exiliado ugetista en Argentina), Lázaro de la Merced (dirigente de Izquierda Republicana y presidente del Centro Republicano Español en Buenos Aires) y Régulo Martínez (presidente de la Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas).

El tratamiento de las fuentes orales no estaba orientado a «recuperar la memoria» de clandestinos y exiliados, sino a reconstruir la historia reciente de España en su vertiente más oscura: aquella que había quedado a la sombra de la historiografía franquista y la memoria de Estado. Esa reconstrucción implicaba operaciones metodológicas más complejas que la mera reproducción de lo que esas fuentes afirmaban. Suponía comparar las versiones de las distintas fuentes orales entre sí, contrastar con fuentes escritas y valorar en base a parámetros materiales objetivos las condiciones de plausibilidad. En palabras de Pérez Ledesma: distaba de entrar «en nuestros planes la idea de ofrecer una versión “oficialista” de dicha historia [...] lo que no excluye la comprensión hacia los protagonistas, pero sí impide las críticas o las alabanzas desmesuradas»¹. La tensión entre historia y memoria era resuelta en la búsqueda de un equilibrio entre rigor metodológico y compromiso social. Desde este posicionamiento intelectual, Pérez Ledesma tornaba transparente su deseo de producir «una investigación rigurosa, orientada a recuperar para la historia los esfuerzos de muchos militantes poco conocidos que —con aciertos y a veces con errores, pero siempre con considerables riesgos, y en ocasiones con grandes dosis de sufrimiento— mantuvieron viva la resistencia obrera a la dictadura»².

Empero, la recuperación historiográfica de esa experiencia traumática —individual y colectiva— estaba lejos del culto a la memoria. Su «elogio de la Historia en tiempo de Memoria» —para utilizar la bella expresión que da título a una incisiva obra de Santos Juliá— tenía como imperativo eludir la trampa de las modas, los abusos de la memoria —en el sentido de Paul Ricoeur— y las resignificaciones del

¹ Manuel PÉREZ LEDESMA, «Presentación», en César TCACH y Carmen REYES, *Clandestinidad y Exilio. Reorganización del sindicato socialista 1939-1953*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 1986, p. XI.

² *Ibid.*, pp. XI-XII.

pasado en función de las conveniencias del presente³. Su compromiso intelectual se asociaba al conocimiento crítico del pasado y no a la primacía de la voz de los testigos.

Veinticuatro años después de la presentación de 1986 al primer libro de la colección «Luchas sociales durante el franquismo», publicado por la Fundación Pablo Iglesias, Pérez Ledesma reincidía —en otra introducción publicada en 2010— en la necesidad de combinar precisión conceptual con evidencia empírica. En su texto, compartido con María Sierra, sobre los usos historiográficos del concepto de cultura política, se destacaba: «¿Qué es la cultura política? O mejor, teniendo en cuenta la insistencia de muchos historiadores en su consustancial pluralidad, ¿qué son las culturas políticas? La pregunta puede resultar a primera vista innecesaria [...] parece evidente que quienes la emplean entienden a qué se están refiriendo, al menos de forma intuitiva. A pesar de lo cual, la cuestión resulta relevante, por lo menos a nuestro juicio», e insistía en «la carencia de reflexiones teóricas y análisis detallados»⁴.

Su interés por el estudio de las culturas políticas —en plural— estaba en consonancia con otra de las vetas que inspiró su trayectoria intelectual: la mirada comparada de fenómenos que son, al mismo tiempo, políticos y sociales. Ese campo de preocupaciones estaba ya presente en sus orientaciones de la década de los ochenta del siglo xx. Los estudios sobre el PSOE y la UGT, que tanto animó a promover, eran comparativos en un doble sentido: a) entre los esfuerzos militantes del interior de España y los realizados en el exilio; y b) entre el exilio europeo y el americano. Asimismo, dada la fragmentación agudizada por la derrota y por la propia dispersión geográfica, el estudio de las luchas internas en el campo de la izquierda española abría las puertas a un enfoque organizacional de corte interdisciplinario que —al menos en mi caso— pronto se nutriría de los aportes de la sociología de la organización, francesa e italiana⁵. En este último punto quiero recordar su desazón por la renuencia de Giovanni Sartori a

³ Santos JULIÁ, *Elogio de la historia en tiempo de Memoria*, Madrid, Marcial Pons, 2011.

⁴ Manuel PÉREZ LEDESMA y María SIERRA (eds.), *Culturas políticas: teoría e historia*, Zaragoza, Institución Fernando El Católico, 2010, p. 7.

⁵ Principalmente los aportes de Michel CROZIER y Erhard FRIEDBERG, *El actor y el sistema*, México, Alianza Editorial, 1990, y de Angelo PANEBIANCO, *Modelos de partido*, Madrid, Alianza Editorial, 1990.

enviarle un segundo tomo de su obra *Partidos y Sistemas de Partidos*, para publicar en Alianza Editorial.

La historia como saber crítico: reto a los lugares comunes de la memoria

En su texto sobre *La memoria, la historia, el olvido*, Paul Ricoeur remite a un concepto que bien podría asociarse a la práctica historiográfica de Manuel Pérez Ledesma y la reivindicación de la historia, para usar la expresión de Santos Juliá, como conocimiento crítico del pasado, independiente del Estado, los imperativos ideológicos y las necesidades societales o de construcción de identidades colectivas⁶. Me estoy refiriendo al concepto de *memoria impedida*. En consonancia con su apertura interdisciplinaria y con esa suerte de humus historiográfico-cultural que Manuel Pérez Ledesma contribuyó a forjar en más de una generación de jóvenes historiadores, cabe, a modo de ensayo, plantear un ejercicio de cuestionamiento a los lugares comunes de la memoria, en las orillas del Río de la Plata.

¹ Durante la transición democrática argentina — que a diferencia de la española pero también de la chilena y la uruguaya no fue pactada con el régimen autoritario — hubo un abanico de mitos y lugares comunes extendidos en la dirigencia política y sectores de la sociedad civil. El primero de ellos se empeñaba en salvar políticamente la figura de la expresidenta (exiliada en Madrid), María Estela Martínez de Perón. Esto significaba, básicamente, el ocultamiento del terrorismo de Estado durante el último gobierno constitucional, previo a la dictadura. Existe abundante evidencia empírica que pone de manifiesto el desarrollo de diversas formas de violencia para-institucional, particularmente, entre 1974-1976.

Utilizo el concepto de violencia para-institucional en referencia a las prácticas del tercer gobierno peronista, en el sentido empleado por la politóloga colombiana Gina Paola Rodríguez⁷. Permite pensar en el carácter híbrido de la acción represiva que incluyó: a) la inter-

⁶ Paul RICOEUR, *La memoria, la historia, el olvido*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000.

⁷ Gina Paola RODRÍGUEZ, «Violencia parainstitucional y cruzada antipopular en Colombia (1946-1958)», en Waldo ANSALDI y Verónica GIORDANO, *América Latina, tiempos de violencia*, Buenos Aires, Ariel, 2014, pp. 133-136.

vención de grupos paramilitares, b) la acción de grupos parapoliciales y c) las acciones de violencia política ejercida por la derecha peronista a través de grupos de civiles, en general, vinculados a los sindicatos. Estas diversas formas de ejercicio de la violencia fueron ilegales y, al mismo tiempo, contaron con un decidido protagonismo estatal en las dos primeras, y su aquiescencia en la tercera. Durante la presidencia de «Isabelita», fue decisiva la organización y el financiamiento de la violencia parapolicial por el Ministerio de Bienestar Social, de la violencia paramilitar por el Tercer Cuerpo de Ejército (cuya jurisdicción abarcaba once provincias), y de la violencia ejercida por civiles, en especial por los grandes sindicatos controlados por el peronismo de derecha como la UOM (Unión Obrera Metalúrgica). Estas diversas formas de represión ilegal ejercidas antes del golpe de Estado fueron invisibilizadas desde los inicios mismos de la transición democrática.

Se impone una pregunta: ¿por qué? La respuesta estriba en el binomio legitimación y necesidades memoriales. En 1983 — año de asunción del presidente Alfonsín — era necesario tender un puente de plata entre el último gobierno constitucional y el primer gobierno postdictatorial. Así, Isabelita fue invitada al acto de asunción del nuevo presidente. Pero la responsabilidad política no fue sólo del gobierno radical, también de los dirigentes peronistas que, en la campaña electoral en la que fueron derrotados, prometían respetar la ley de auto-amnistía que había dictado el último presidente militar, el general Bignone. Esa ley amnistiaba todos los delitos políticos cometidos desde 1973, es decir, incluía el olvido de los crímenes cometidos por las «tres A» (Alianza Anticomunista Argentina) y la derecha peronista durante el gobierno de Isabelita. Para ser más preciso: la Ley 22.924 de Auto-amnistía extendía sus efectos retroactivos al período constitucional 1973-1976.

Un segundo mito que formó parte del proceso constitutivo de la transición democrática argentina fue la invisibilización de la complicidad de la sociedad civil con la dictadura. Se proyectó una imagen que enfatizaba la resistencia a la dictadura y disimulaba la pasividad, las ambigüedades o el apoyo franco recibido de sectores civiles. Este segundo ocultamiento redujo las culpas a los militares y, por consiguiente, tendió a introducir una dicotomía que maximizó la base social, civil y política de la democracia.

De este modo, se habilitó el olvido de la adhesión de la dirigencia política a la teoría de la violencia como resultado del enfrentamiento entre grupos ideológicos extremistas y autónomos de signo opuesto.

La sociedad era concebida como víctima de la violencia y no como protagonista de ella. La muy conocida «teoría de los demonios» se funda en esta victimización de la sociedad.

Asimismo, autorizó también el olvido *de* la teoría de los excesos en la represión para explicar las violaciones a los derechos humanos. Ambas argumentaciones fueron corrientes en la mayoría de los sectores civiles y políticos antes de la guerra de las Malvinas y permitían salvar a las Fuerzas Armadas como institución y desconocer el ejercicio sistemático del terrorismo de Estado.

En tercer lugar, las tendencias predominantes en la nueva democracia argentina tendieron a ocultar la identidad política de los militantes presos, asesinados o desaparecidos. La apuesta por la lucha armada de amplios sectores juveniles, al amparo de un clima de época marcado por el impacto de la revolución cubana, quedaba desdibujada en un cono de sombra. Se construyó así el mito de las víctimas inocentes, que luchaban en todo caso por un mundo mejor, pero invisibilizando la identidad política de las militancias reprimidas, de los destinatarios de la represión. Motivo subyacente: se postergaba indefinidamente el debate sobre la violencia política de los setenta y, en consecuencia, se eximía a la sociedad en general y a la sociedad política en particular de una reflexión sobre sus propias responsabilidades en el pasado reciente. La culpa se coloca en un afuera, en un exterior constitutivo de la inocencia de los protagonistas de la transición democrática.

Los tres factores de ocultamiento señalados hasta aquí conducen a una misma y persistente duda: si la sociedad hubiese sido tan resistente a la dictadura, si los políticos hubiesen sido tan renuentes a ella, ¿habría sido necesario inventar el mito de las víctimas inocentes?, ¿hubiese sido necesario respaldarse en el mito de la continuidad democrática 1973-1983?, ¿habría sido políticamente viable la ficción de contraponer como absolutos, sin matices ni intersticios el universo democrático y el dictatorial?, ¿la configuración de ese tipo de necesidades memoriales no devela, acaso, la debilidad de una cultura política democrática que necesita de amuletos ficcionales para legitimarse frente al pasado dictatorial?

A partir del ciclo post-neoliberal iniciado en 2003 con el gobierno de Néstor Kirchner y continuado luego por el de Cristina Fernández de Kirchner el ocultamiento de la identidad política de los asesinados, secuestrados o torturados ya es un dato del pasado. Empero, este ocultamiento que estaba presente en los inicios de la transición demo-

crática fue sustituido por una suerte de mística que exalta en términos genéricos la juventud de los años setenta y, en especial, la identificada con la Juventud Peronista y la organización Montoneros. Se desembocó, así, en un cuarto mito en que la contestación político-social de aquellos años se recorta, hasta hacerla funcional a las necesidades legitimatorias del presente.

Este tratamiento selectivo implicó colocar en un cono de sombra la participación política de sectores juveniles no identificados con el peronismo o la lucha armada (muchos de los cuales controlaban centros de estudiantes), y en general a un amplio espacio de la izquierda crítica del accionar guerrillero, a los sindicatos clasistas, al Partido Comunista con su amplia red de cooperativas y organizaciones culturales, y a las principales organizaciones maoístas y trotskistas. En nexos con esta omisión, se elude cualquier reflexión sobre las responsabilidades políticas de la derrota de lo que —genéricamente— podemos denominar el campo popular. Así, pensar la derrota se reduce a pensar en la colosal dimensión de la represión.

En otras palabras, la violencia revolucionaria no se problematiza. En este punto, la mirada memorística predominante se diferencia claramente de reflexiones como las que el propio Manuel Pérez Ledesma proponía para el tema:

«En sociedades de capitalismo dependiente, como las de América Latina, sometidas al poder económico y por ello mismo político del capitalismo norteamericano, de las multinacionales, la forma en que el radicalismo se pone de manifiesto, es evidentemente siguiendo el ejemplo cubano: la forma de la lucha guerrillera teorizada de alguna manera en el Che o más precisa en Regis Debray [...] pero lo que no hay es condiciones subjetivas [...] este trasplante de la experiencia cubana a la América Latina desde esta teoría del foquismo resulta en la mayoría de los casos un fracaso, salvo casos excepcionales que perduran hasta nuestros días, como Nicaragua, con un tipo de guerrilla bastante distinta a la castrista o guevarista de los años sesenta»⁸.

En consonancia con la búsqueda de huellas y omisiones que Manuel Pérez Ledesma estimuló a identificar para comprender los fenómenos históricos, vale la pena señalar un quinto olvido de la memoria de la

⁸ Entrevista a Manuel Pérez Ledesma, *Revista de Historia Moderna y Contemporánea*, 4 (1980), pp. 37-38.

democracia argentina. Cuando se reivindica desde el ámbito estatal la juventud rebelde de los setenta se olvida el componente ético de aquella rebelión generacional y de clase. De acuerdo con el sociólogo Juan Carlos Torre: «Muchos fueron los contemporáneos que experimentaron la irrupción de la insurgencia juvenil como una suerte de viento salvaje entrando por las ventanas abiertas de un hogar pacífico. Ésta fue, sin duda, una de las claves inspiradoras de la grande y aterradora operación de exorcismo que se montaría más tarde desde el Estado». Y, a su juicio, fue la «revuelta moral» la que guiaría «con pulso firme la cruzada armada de los jóvenes contra las prácticas y los valores establecidos»⁹.

Ciertamente, la mirada de Torre pone el dedo en la llaga. Esos jóvenes rebeldes tenían en la figura mítica del Hombre Nuevo, que Ernesto Che Guevara había pregonado, su proa visionaria. La revolución era concebida como un proceso que implicaba de modo simultáneo la transformación de las relaciones sociales de producción y la transformación del hombre. «Ante todo, sean capaces de sentir en lo más hondo, cualquier injusticia cometida contra cualquiera en cualquier parte del mundo. Es la cualidad más linda de un revolucionario», decía Guevara en la carta de despedida de Cuba dirigida a sus hijos. La idea según la cual no hay revolución sin moral revolucionaria, implicaba también un profundo desprecio al dinero, a lo material y al consumo como fuente de enriquecimiento personal, que estaba también presente en otras rebeliones juveniles, desde los Beatles al mayo francés. Desde el arco de los sectores juveniles identificados con el peronismo revolucionario, ese componente ético encontraba su punto de intersección con la influencias provenientes del catolicismo postconciliar y encontraba también, en la figura de Camilo Torres, el célebre sacerdote guerrillero colombiano, un ejemplo a imitar.

Igualmente, en los años sesenta y setenta, la honestidad fue la bandera de lucha de los militantes obreros y los dirigentes sindicales —tanto de la izquierda como del peronismo revolucionario (Agustín Tosco, Raimundo Ongaro, Atilio López, Alberto Piccinini)— que enfrentaron a los aparatos tradicionales del sindicalismo peronista, aceitado en el dinero de las obras sociales bajo su control o los acuerdos con las patronales. ¿Por qué omitir este aspecto, entonces?

Si antes, al inicio de este texto, nos preguntábamos por qué la joven democracia argentina había optado en 1983 por perdonar a la

⁹ Juan Carlos TORRE, «A partir del Cordobazo», *Estudios*, 4 (1994), pp. 17-18.

expresidenta «Isabelita», y encontrábamos un puente de plata entre pasado y presente para comprender el olvido de los crímenes cometidos durante su gobierno; podemos cerrar estas reflexiones vislumbrando otro puente de plata funcional a las necesidades del presente. La corrupción percibida como un dato menor —una suerte de efecto colateral de política públicas progresistas— se encuentra en las antipodas del espíritu de aquella generación que se pretende reivindicar. La omisión de este aspecto sustantivo del espíritu y el clima de época de las décadas del sesenta y los setenta habla más de limitaciones del presente (más específicamente, de una relación de no continuidad entre pasado y presente) que de una revisión valorativa del pasado.

Semillas, frutos, compromiso intelectual

Pertenezco a una generación de historiadores formada en la Universidad Autónoma de Madrid entre fines de los años setenta y primer lustro de la década de los ochenta. En la forja de la tarea cotidiana que hacía honores a una frase famosa de Walter Raleigh —cultivarse como una rosa y entrenarse como un caballo de carreras— Manolo Pérez Ledesma constituyó una figura central. En esa época, en la que las enseñanzas de Miguel Artola sobre el «antiguo régimen» y la «revolución liberal» se combinaban con las dinámicas derivadas de la renovación de la historiografía española, ansiábamos con mis compañeros de clase —Javier Pérez Núñez y Abdón Mateos López entre los más cercanos— llegar un día a emular aquellos admirados maestros que orientaban nuestros pasos.

A fines de 1979, los estudiantes de la Universidad Autónoma de Madrid comenzaron a publicar la *Revista de Historia Moderna y Contemporánea*¹⁰. Su irrupción daba cuenta del universo vital, pujante e inquieto de la juvenilla de entonces. En su número 4, aparecido en diciembre de 1980, se publicó una entrevista a Manuel Pérez Ledesma titulada: «El radicalismo: un movimiento social complejo en la historia». En la misma, Pérez Ledesma —por entonces, profesor

¹⁰ Su consejo de redacción inicial estaba formado por Isabel Blanco, Rafael Cruz, Flora García, Rosa García, Ángeles Hijano, Marianne Krause y Teresa Pereira. En 1981 quedaron como redactores, María Ángeles Arranz, José Tomás Arribas, Luis Castilla, Rafael Cruz, Paloma Fornés, Marianne Krause, José Sanahuja y Alfredo Verdoy.

adjunto del Departamento de Historia Contemporánea— hacía gala de la necesidad de asociar labor científica con un tipo de compromiso social orientado a cambios sustantivos:

«Yo creo que, varias cosas: primero, que el cambio de sociedad no se resuelve con una revolución, que la revolución en Europa es prácticamente imposible, pero que además, los procesos revolucionarios no han dado resultados tal y como se esperaban (la revolución rusa fue una gran esperanza, pero es también una cierta decepción). Por ello es necesario buscar unas vías de transformación nuevas».

Por cierto, entre ellas mencionaba (influido por los radicales italianos) la apelación a formas de democracia directa (referéndum y consultas populares), la utilización de la no violencia (porque la violencia produce siempre sus anticuerpos y conduce a la opresión), la combinación de acciones directas (incluida la desobediencia civil) con la acción política convencional. Más precisamente:

«actos no violentos, pero ejemplares, que demuestren que es posible una acción política al margen del Parlamento o de las estructuras rígidas de los partidos, y que demuestren que es posible si no cambiar totalmente la vida, sí conseguir cambios concretos en algunos aspectos: el campo del antimilitarismo o la lucha por la defensa de la objeción de conciencia, el campo feminista para llamarlo de alguna manera o la lucha por el divorcio y el aborto, el campo laico o la lucha contra las injerencias de cualquier iglesia en la sociedad civil, el campo de la liberación del derecho al placer...»¹¹.

¿Es posible combinar compromiso social con rigor científico? Ésa fue la apuesta de Manuel Pérez Ledesma y en esa huella lo siguieron muchos jóvenes apasionados por la historia pero también por el presente. Si se hiciese una revisión de la producción historiográfica cimentada en aquellos años germinales, se podrá constatar seguramente —y puede considerarse como un desafío para futuros historiadores— los comunes denominadores que se derivaron de aquellos años de intensa labor: la historia política vinculada a la social, la preocupación por las prácticas pero también por las representaciones, el interés ico-

noclasta por derrumbar mitos y lugares comunes, un uso de las fuentes orales que dista de rendir culto a la memoria de los entrevistados, y un tratamiento tan sobrio como sistemático de las fuentes documentales. El libro que hoy sale a la luz es también —en sí mismo— un testimonio que une pasado y presente y, por consiguiente renueva el universo imperecedero de interrogantes de quienes, como le gustaría decir a Lucien Febvre, ven envueltas sus vidas en el torbellino de los combates por la historia.

¹¹ Entrevista a Manuel PÉREZ LEDESMA, «El radicalismo: un movimiento social complejo en la historia», *Revista de Historia Moderna y Contemporánea*, 4 (1980), p. 41.